

## AMOR · NOCHE DEL GIGANTE



PENAS terminada la ceremonia y la fiesta obligatoria en el palacio real, los nuevos esposos parten a Vivar, a aislarse en sus tierras, a reconcentrarse en sí mismos, lejos del mundo, solos entre los suyos.

Rondas de bailes y cantos salen a acompañarles al camino fuera de Burgos. Rondas, cantos y bailes vienen a alcanzarlos de Vivar para llevarlos en triunfo hasta la vieja mansión rejuvenecida.

El camino de Burgos hasta Vivar es una cadena de nueve kilómetros de alma y de exaltación.

Mil bocas cantan, dos mil ojos lloran, diez mil manos aplauden, cien mil estrellas se derrumban del cielo sobre todos los pechos.

Todas las mozas tienen el corazón en los labios, tienen el corazón en los ojos, tienen el corazón en las manos.

Helo ahí al Cid revestido de amor.

Helo ahí al vencedor humanizado de ternura.

Y allí junto a él, Jimena, como la llave de la emoción.

Aquella mujer hermosa y fuerte le arrancaba el sentimiento de los huesos. Y ahora allí en la casa solitaria

## V. HUIDOBRO

los dos frente a frente de su amor, pueden esconderse en su felicidad.

Pasaron los días de separación y de amargura, pasaron las noches de angustia y de insomnio.

Helo allí, el hombre de todas las hazañas, el hombre vertiginoso, el hombre justiciero, el hombre que fascina la leyenda y enloquece la historia, en brazos del amor, en su primera noche de amor.

¡Ah la humana gavilla de suspiros!

¡Oh Campeador, otra vez como en aquella noche memorable allá en Coimbra, vuelves a salir fuera del tiempo y del espacio, fuera del calor y del frío!

Esta noche es la noche de tu carne.

Y cómo se parece a aquella otra, a la noche de tu espíritu. Y es que todos los momentos de exaltación, ¿sabes tú?, arrancan al hombre de sí mismo, le lanzan disparado por las rutas lácteas del infinito y la medida del arranque es la misma o de diferencia imperceptible a la pobre visión humana.

En el terrible combate de la dualidad, alma y carne, no es posible saber cuál arrastra al otro, mientras uno no haya vencido. En qué trampas, en qué engaños de mirajes no caen los árbitros, inútilmente atentos. De las dos águilas que se elevan anudadas a picotazos, a azotes de ala y de garras, ¿cómo saber cuál arrastra a la otra?

Sin embargo, hay algo que te dice oscuramente, a ti, Campeador, que debes dar tu preferencia al espíritu.

Tú sientes que la vida de la carne es menos rica en maravillas, menos apta a los encantamientos, a las supremas evasiones.

Tienes miedo a la materia. Un prejuicio metido en la piel de tus ancestros repercute en ti y tiemblas. ¡Ah,



## V. HUIDOBRO

si la carne coge demasiado predominio sobre el alma!  
Hombre eres y nada puedes hacer contra ello.

La vida de la materia, te dice ese algo en el fondo de ti mismo; es el cáncer del alma.

El alma va vagando en sus espacios zodiacales, serena en grandes resbaladas de ensueño, ebria de sus propias magias. De pronto se enferma, le aparece un tumor, crece el tumor, se desarrolla rápido, feroz de apetito, y he ahí la vida. El tumor es el hombre. El pájaro divagador, suelto alucinado en los círculos de sus imágenes libres y ricas, se torna torpe, angustiado, pobre, empotrado, grasiento. Como todas las enfermedades, tiene el tumor su período de aparición, su crisis y su fin. Muere el tumor y el espíritu sana, se recobra, rompe los lazos de esas moléculas engordadoras, vuelve a encontrar su salud.

Así como el cuerpo se enferma para entrar en la muerte, así el alma se enferma para entrar en la vida.

El Campeador teme a la materia. Ama con todas las fuerzas de su ser a esa mujer hermosa que se aprieta a él, carne de pasión, soñadora al borde del sacrificio.

Hombre puro, hombre santo, ¿cómo has podido mantenerte con esas delicadezas en medio de las chusmas desbridadas y de la soldadesca en fiebre?

Realmente es un caso curioso el de este Campeador. Tiene treinta y tres años y su cuerpo no ha rozado mujer alguna.

Está virgen. Podéis reír cuanto queráis, yo lo considero digno de un respeto admirativo. Que en aquella época, en la cual hasta el clero solía vivir en medio de libertades exageradas, este hombre haya podido conservarse virgen más allá de los treinta años, me parece extraordinario.

Y no por enfermedades o anomalías, que no caben

en semejante cuerpo, monumento de equilibrio vigoroso; no porque la carne no le exigiera, sino porque él podía dominarse, manejaba de tal modo sus sentidos. Es admirable.

Y ahora, helo aquí: pobre cosa vibrante frente al momento de sucumbir. Y ¿quién dice sucumbir? ¿De qué subsuelos de herencias místicas brota esa palabra imbecil aplicada al amor?

Libértese el guerrero de vanos escrúpulos y bástele mezclar en la pasión toda la fuerza de su espíritu. Nunca se ha visto tan hermoso como ahora, prisionero del misterio más profundo.

Jimena le presenta entre sus brazos su consagración de hombre, le abre una vida nueva en los vértigos de su carne.

La maravillosa primavera de su cuerpo se ofrece al suplicio.

Minuto trémulo que se acerca en dos ojos angustiados como corderos mortales, en dos senos en agonía de palomas palpitantes, minuto que se acerca con la velocidad de las auroras boreales.

La muerte. La muerte en todas partes amasada al amor, al acto de vida. ¡Qué burla de un dios envidioso!

Durante un minuto el mundo va a cambiarse en un paisaje coloreado de mil flores de piel y luego caerá en las profundidades húmedas que hay debajo de los jardines, en el sombrío país de las raíces.

¡Qué importa! No se ha dado al hombre un viaje más hermoso que ese breve morir a dos.

El Cid tiende los labios y todo se dulcifica. Jimena entorna sus ojos de Edad Media.

Algo se rompe en las brumas profundas del mundo y esa ruptura tiene un eco en el paraíso.

## V. HUIDOBRO

Rodrigo, Ruy Díaz, Mío Cid, el Campeador, entró en la caverna de la locura humana, rompió su castidad, cayó en el remolino de la fiebre universal.

Es la noche de su carne. Sangre de la carne, dulce sangre de estrellas. La constelación herida levanta el vuelo y seguirá sangrando eternamente.

¡Qué delicia angélica es el amor! ¡Qué veneno mágico infiltra en los huesos, qué líquido celeste difunde en la sangre!

El ritmo mortal de esos cuerpos enlazados se propala por la tierra. Todos los amantes de España siguen el ritmo de su dios. La noche se llena de senos y toma una ondulación de algas sonámbulas. El mundo entero se entrega al amor en honor de nuestro Cid.

Todas las cosas quedan marcadas de su sello.

Canten los laúdes del universo, la mujer ha podido aproximarse a ese hombre. Se hizo humano el gigante.

Cantad, laúdes, la noche ilustre.